

A LOS OBLATOS DE EUROPA

16 Mayo 1979 - Carta - Hünfeld, Alemania

Atentos a los problemas actuales. - Preocupación por las vocaciones. - Cooperación entre las provincias.

L.J.C. et M.I.

Hace unos días terminaba en Hünfeld la Sesión conjunta de los Provinciales de Europa, acompañados de los delegados de la misión y de la formación, con los miembros del Consejo general. Fue una semana de oración común, de intercambios y de reflexión sobre la realidad oblata en una Europa que se está fraguando.

Esas jornadas, precedidas por la visita de los miembros del Consejo a varias Provincias, fueron para nosotros ocasión de un verdadero enriquecimiento [...]

La sesión, a pesar de sus inevitables límites, respondió ampliamente a nuestra expectativa. En esta carta, me gustaría prolongar con vosotros la reflexión sobre tres puntos del encuentro que me impresionaron especialmente.

Atentos a los problemas actuales

En primer lugar, prestar oído atento a los problemas de la Europa de hoy. Se está construyendo progresivamente una nueva Europa, una Europa económica, una Europa política, una Europa que aspira a ser más integralmente humana. En este quehacer se ponen de manifiesto problemas de gran envergadura: el problema de la incredulidad y la indiferencia, el problema de las migraciones y del desempleo, el problema de las relaciones con el Tercer Mundo, el problema de los jóvenes que se sienten cada vez más desamparados. La Europa en construcción está atestada de una multitud de nuevos pobres. ¿Escuchamos sus llamadas qué respuesta podemos ofrecerles? Para cierto número de oblatos existe un peligro serio: el de replegarse en sí mismos, desinteresándose de ese mundo nuevo que surge. Se juzgan demasiado viejos y, al no ver llegar tras sí refuerzo de jóvenes, les tienta el desaliento. Con todo, hace unos años Pablo VI invitaba a los religiosos a "seguir con ojos bien abiertos las necesidades de los hombres, sus problemas, sus búsquedas... [a tratar de] percibir más ampliamente las inclinaciones de los espíritus y las exigencias de los hombres de hoy" y a tratar de responder a ellas de manera evangélica (cf. *Evangélica Testificatio*, n. 51-52).

La invitación se dirige a cada uno de nosotros. Aunque Sean solo unos pocos los que puedan empeñarse activamente en esos nuevos ministerios, todos deben seguir con mirada bien atenta las necesidades del hombre de hoy, y la mayoría pueden, en su ministerio ordinario de parroquia, de enseñanza, de predicación, de pastoral obrera, sensibilizar a los otros hombres a estas llamadas de los nuevos pobres. Eso es ya ser misioneros y ayudar a la construcción de Europa.

La preocupación por las vocaciones

En segundo lugar, tener fe en la propia vocación y no tener miedo de invitar a otros a seguirnos. Los religiosos, los oblatos, como recordaba el P. Vanpetegem, presidente de la Conferencia interprovincial, tienen su puesto en la Europa que se está haciendo. El pasado 6 de abril, por su parte, el Papa Juan Pablo II insistía en esto: "Las instituciones, por sí solas, nunca construirán a Europa; son los hombres los que la construirán" (Alocución a los miembros del centro de Presidencia del Parlamento Europeo) Y entre esos hombres, estoy seguro, los religiosos pueden ejercer gran influencia si son capaces de vivir decidida y radicalmente su consagración religiosa.

Me permitiréis aducir un recuerdo. Era durante la guerra Yo era escolástico. El Cardenal Villeneuve o.m.i. había ido a visitarnos a Ottawa. Antes se había encontrado con el Sr. Mackenzie King, primer ministro del Canadá, que no era católico. Mientras conversaban acerca de la paz y de las condiciones para establecerla, pasó ante ellos un capuchino. El Sr. King hizo

esta reflexión: "Nosotros, los políticos, podemos hacer algo por la paz, pero acaso si hubiera en el mundo más hombres como ése, la paz sería más profunda y más duradera". Muchas veces uno ignora la influencia que realmente tiene.

La cooperación entre las Provincias

En tercer lugar, continuar cooperando cada vez más unos con otros. En el curso de la sesión se ha vuelto a encarecer cómo la comunidad oblata es por excelencia el lugar de discernimiento de las llamadas del mundo de hoy. Esta cooperación comunitaria ganaría a veces extendiéndose más allá de los límites provinciales. Pienso, por ejemplo, en ciertas obras consideradas de gran importancia para la evangelización, pero que no pueden seguir siendo sostenidas por una Provincia sola. ¿No podrían, entonces, otras Provincias, en beneficio del Evangelio, ceder algunos hombres para asegurar la supervivencia y el desarrollo de la obra? También esto es un modo de ser misioneros y de brindar ayuda a la construcción espiritual de Europa.

Antes de concluir, quiero dar las gracias de modo muy especial a la comunidad de Hünfeld por la fraterna hospitalidad que ha dado, durante tres semanas, a los miembros del Consejo general. Gracias también a los Hermanos que se ocuparon más directamente de nosotros. A través de ellos, saludo a todos los Hermanos de Europa y les repito lo mucho que la Congregación cuenta con ellos, con el fervor de su vida consagrada y con su entrega al servicio de la misión.